

# Agatha Christie



**poiro  
investiga**



# **Agatha Christie**

## Poirot investiga

Traducción: C. Peraire del Molino

## LA AVENTURA DEL “ESTRELLA DE OCCIDENTE”

Me encontraba ante una de las ventanas de la residencia de Hércules Poirot, contemplando la calle.

—Es sumamente curioso —dije de pronto, conteniendo el aliento.

—¿El qué, *mon ami*? —preguntó Poirot, plácidamente desde las profundidades de su cómoda butaca.

—¡Dedúzcalo usted de los hechos siguientes! Aquí viene una joven elegantemente vestida... sombrero de última moda y magníficas pieles. Se acerca lentamente mirando todas las casas al pasar. Sin que ella se dé cuenta, la van siguiendo tres hombres y una mujer de mediana edad. En este momento acaba de unirse a ellos un chico de esos que hacen recados, que la señala con el dedo al mismo tiempo que gesticula. ¿Qué drama están tramando? ¿Acaso ella es una delincuente y sus seguidores unos detectives dispuestos a detenerla? ¿O son unos canallas a punto de atacar a una víctima inocente? ¿Qué dice nuestro detective?

—El gran detective, *mon ami*, escoge como siempre el camino más fácil. Verlo por sí mismo —y mi amigo vino a reunirse conmigo junto a la ventana.

Al cabo de un minuto reía regocijado.

—Como de costumbre, se ha dejado usted llevar por su incurable romanticismo. Ésa es miss Mary Marvell, la estrella de cine, a quien sigue un enjambre de admiradores que la han reconocido. Y *en passant*, mi querido Hastings, ¡ella se da perfecta cuenta de ello!

Me eché a reír.

—¡De modo que todo queda explicado! Pero no tiene pruebas de ello, Poirot. Ha sido sólo resultado de la identificación de la “estrella”.

—*En vérité!* ¿Y cuántas veces ha visto usted a Mary Marvell en la pantalla, *mon cher*?

Reflexioné.

—Una media docena de veces.

—¡Yo... una! No obstante, a simple vista la reconozco, y usted no.

—Está tan cambiada... —repliqué con voz débil.

—¡Ah! *Sacré!* —exclamó Poirot—. ¿Es que esperaba verla paseando por las calles de Londres con sombrero de *cowboy*, o descalza y con muchos tirabuzones, como una colegiala irlandesa? ¡Hay que fijarse siempre en lo esencial! Recuerdo el caso de la bailarina Valerie Saintclair.

Yo me encogí de hombros, ligeramente molesto.

—Pero consuélase, *mon ami* —dijo Poirot calmándose—. ¡Todos no pueden ser como Hércules Poirot! Lo sé muy bien.

—¡La verdad es que no conozco otra persona que tenga mejor opinión de sí misma! —repliqué entre divertido y contrariado.

—¿Y por qué no? ¡Cuando uno es único, lo sabe! Y otros comparten esta opinión... incluso miss Mary Marvell, si no me equivoco.

—¿Qué?

—Sin duda alguna. Viene hacia aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Es muy sencillo. ¡Esta calle no es aristocrática, *mon ami!* No hay en ella ni médicos ni dentistas... y mucho menos un peluquero de fama. Pero sí un detective de última moda. *Oui*, amigo mío, es cierto... estoy de moda, soy *le dernier cri!* Unos dicen a otros: *Comment?* ¿Has perdido tu pluma de oro? Debes acudir al belga. ¡Es maravilloso! Todo el mundo recurre a él. *Courez!* ¡Y vienen! ¡A manadas, *mon ami!* ¡Con los problemas más tontos! —sonó el timbre—. ¿Qué le he dicho? Ésa es miss Marvell.

Y como de costumbre, Poirot tenía razón. Tras un corto intervalo, la estrella del cine estadounidense fue introducida en la habitación y los dos nos pusimos en pie.

Mary Marvell era sin duda alguna una popular artista de la pantalla. Había llegado hacía poco a Inglaterra acompañada de su esposo, Gregory R. Rolf, también artista de cine. Su matrimonio se efectuó un año atrás en los Estados Unidos y aquélla era su primera visita a Inglaterra. Le ofrecieron una gran recepción. Todo el mundo se volvió loco por Mary Marvell, sus maravillosos trajes, sus pieles, sus joyas, y entre todas éstas, por un gran diamante para hacer juego con su poseedora, “Estrella de Occidente”. Mucho se había escrito acerca de esta joya... cierto y falso... y se decía que estaba asegurada por la enorme cifra de cincuenta mil libras.

Miss Marvell era menuda y esbelta, muy rubia y aniñada, con unos ojos azules grandes e inocentes.

Poirot le acercó una silla y ella comenzó a hablar en seguida.

—Es probable que me considere usted muy tonta, monsieur Poirot, pero lord Cronshaw me decía ayer noche lo maravillosamente que aclaró el misterio de la muerte de su sobrino, y quise conocer su opinión. Tal vez sea una broma tonta..., o algo así, dice Gregory..., pero me tiene muy preocupada.

Hizo una pausa para tomar aliento y Poirot la animó a proseguir.

—Continúe, madame. Comprenda, aún no sé de qué se trata.

—Pues de estas cartas —Mary Marvell abrió su bolso, del que extrajo tres sobres que entregó a Poirot, y que éste estudió cuidadosamente.

—Papel barato... el nombre y la dirección cuidadosamente escritos con letra de imprenta. Veamos la carta —y abrió el sobre.

*“El gran diamante, que es el ojo izquierdo del dios, debe ser devuelto al lugar de donde vino.”*

La segunda carta estaba redactada exactamente en los mismos términos, pero la tercera era más explícita.

“Ya ha sido advertida y no ha obedecido. Ahora el diamante le será arrebatado. Cuando llegue el plenilunio, los dos diamantes, que son los ojos derecho e izquierdo del dios, deberán ser devueltos. Así está escrito.”

—La primera carta la consideré una broma —explicó Mary Marvell—. Pero cuando recibí la segunda empecé a preocuparme. La tercera llegó ayer, y me pareció que, después de todo, aquello podía ser más serio de lo que yo había imaginado.

—Veo que no llegaron por correo.

—No; fueron traídas en mano... por un chino. Eso es lo que me asusta.

—¿Por qué?

—Porque Gregory compró esa piedra a un chino hará unos tres años, cuando se encontraba en San Francisco.

—Veo, madame, que el diamante a que hacen referencia es...

—El “Estrella de Occidente” —dijo miss Marvell—. Eso es. Gregory recuerda que existía cierta historia relacionada con esa piedra, pero el chino no quiso darnos ninguna información. Gregory dice que parecía muy asustado, y con una prisa enorme por deshacerse de él. Sólo pidió la décima parte de su valor. Fue el regalo de boda que me hizo Gregory.

Poirot asintió pensativo.

—Esa historia refleja un romanticismo casi increíble. Y no obstante..., ¿quién sabe? Por favor, Hastings, déme mi almanaque.

Yo obedecí.

—*Voyons!* —dijo Poirot volviendo las hojas—. ¿Cuándo hay luna llena? Ah, el próximo viernes. Es decir, dentro de tres días. *Eh bien*, madame, usted me pide consejo... y voy a dárselo. Esta *belle histoire* puede ser una broma... o puede que no. Por consiguiente le aconsejo que deje el diamante bajo mi custodia hasta después del próximo viernes. Entonces podremos dar los pasos oportunos.

Una ligera nube ensombreció el rostro de la actriz al replicar contrariada:

—Me temo que será imposible.

—¿Lo lleva consigo... *hein?* —Poirot la observaba fijamente.

La joven vaciló un momento, y al fin introdujo su mano por el escote de su vestido y sacó una larga cadena. Inclínose hacia delante abriendo la mano, y en su palma brilló una piedra de fuego blanco, exquisitamente montada en platino.

Poirot contuvo el aliento y lanzó un prolongado silbido.

—*Épatant* —murmuró—. ¿Me permite, madame? —y tomando la joya en su mano la observó cuidadosamente, y al cabo la devolvió con una ligera reverencia—. Una piedra magnífica... sin un defecto. ¡Ah, *cent tonnerres!* ¡Y usted la lleva *comme ça!*

—No, no, en realidad tengo mucho cuidado, monsieur Poirot. Por lo general la tengo guardada en mi joyero, que deposito en la caja fuerte del hotel. Nos hospedamos en el Magnificent, ¿sabe? La he traído sólo para que usted la viera.

—¿Y la dejará bajo mi custodia, *n'est-ce-pas?* ¿Seguirá el consejo de papá Poirot?

—Pues, verá usted, ocurre lo siguiente, monsieur Poirot. El viernes vamos a ir a Yardly Chase para pasar unos días con lord y lady Yardly.

Sus palabras despertaron un vago eco de recuerdos en mi memoria. Ciertos comentarios... ¿Cuáles fueron? Unos años atrás, lord y lady Yardly habían ido a los Estados Unidos y mi lord estuvo derrochando dinero con ayuda de varias amiguitas. Pero hubo algo más... más chismes relacionados con lady Yardly y un artista de cine en California... ¡Vaya! El nombre acudió a mi mente con la velocidad del rayo... claro... si no fue otro que Gregory R. Rolf.

—Voy a comunicarle un pequeño secreto, monsieur Poirot —continuó Mary Marvell—. Estamos en tratos con lord Yardly. Hay cierta posibilidad de que nos deje filmar una película en el castillo de sus antepasados.

—¿En Yardly Chase? —exclamé interesado—. Vaya, es uno de los lugares más bonitos de Inglaterra.

Miss Marvell asintió:

—Supongo que es el auténtico castillo feudal que necesitamos. Pero exige un precio muy elevado y, claro, no sé todavía si llegaremos a un acuerdo, por más que a Greg y a mí siempre nos gusta combinar los negocios con el placer.

—Pero... le ruego que me perdone si le parezco pesado... sin duda alguna es posible ir a Yardly Chase sin necesidad de que lleve consigo el diamante.

Una mirada astuta y dura veló los ojos de miss Marvell haciendo desaparecer su aire infantil. De pronto pareció mucho mayor.

—Quiero lucirlo allí.

—Cierto que hay joyas muy famosas en la colección de los Yardly —dijo yo de pronto—. ¿No hay también entre ellas un gran diamante?

—Eso es —replicó Mary Marvell.

Oí que Poirot murmuraba entre dientes:

—Ah, *c'est comme ça!* —luego dijo en voz alta con su acostumbrada habilidad y ojo crítico (que él llamaba psicología)—: Entonces sin duda alguna usted ya conocerá a lady Yardly, ¿o tal vez su esposo la conoce?

—Gregory la conoció hace tres años, cuando estuvo en la costa Oeste —dijo Mary Marvell, y tras vacilar un momento agregó—: ¿Alguno de ustedes ha leído alguna vez la revista *Comentarios Sociales*? Lo digo porque en el número de esta semana aparece un artículo sobre joyas famosas, y en realidad es bastante curioso... —se interrumpió.

Yo me puse en pie y acercándome a la mesa que había al otro lado de la estancia volví con la revista en cuestión. Ella buscó el artículo, que empezó a leer en voz alta:

“...Entre otras piedras famosas pueden incluirse la ‘Estrella de Oriente’, un diamante que pertenece a la familia Yardly. Un antepasado del actual lord Yardly lo compró en China; y se dice que tiene una romántica historia, según la cual ese diamante fue en un tiempo el ojo derecho de un dios. Otro diamante exactamente igual de forma y tamaño formaba el ojo izquierdo, y la leyenda dice que también esta joya será robada al correr



del tiempo. 'Un ojo irá al Este y otro al Oeste, hasta que vuelvan a encontrarse de nuevo. Y entonces volverán triunfalmente al dios.' Es una coincidencia curiosa que exista actualmente una piedra que corresponde exactamente a la descripción mencionada y que se conoce por el nombre de "Estrella de Occidente", y que es propiedad de una célebre estrella de cine, miss Mary Marvell. Sería interesante poder comparar las dos piedras."

Me quedé de una pieza.

—*Épatant!* —murmuró Poirot—. ¿Y no tiene miedo, madame? ¿No es supersticiosa? ¿No teme reunir a esos dos gemelos y que aparezca un chino y... *hey presto!*, se los lleve a China?

Su tono era burlón, pero yo creí descubrir cierta seriedad en el fondo.

—Yo no creo que el diamante de lady Yardly sea tan bonito como el mío —dijo lady Marvell—. Pero, de todas formas, quiero comprobarlo.

Lo que iba a decir Poirot nunca lo supe, porque en aquel momento se abrió la puerta y un hombre de gran atractivo penetró en la estancia. Desde sus rizados y ensortijados cabellos negros, hasta las puntas de sus zapatos de charol, era un héroe dispuesto para el romance.

—Dije que vendría a buscarte, Mary —explicó Gregory Rolf—, y aquí estoy. Bien, ¿qué dice monsieur Poirot de nuestro pequeño problema? ¿Que se trata sólo de una broma, como yo digo?

Poirot sonrió al actor y para ello tuvo que alzar la cabeza, debido a su gran altura.

—Broma o no broma, mister Rolf —dijo secamente—, he aconsejado a madame que no lleve esa joya el viernes a Yardly Chase.

—Estoy de acuerdo con usted. Lo mismo le dije yo. ¡Pero qué quiere! ¡Es mujer, y no puede soportar la idea de que otra mujer la desbanque en cuestión de joyas!

—¡Qué tontería, Gregory! —dijo Mary Marvell enrojeciendo. Poirot encogióse de hombros.

—Madame, ya le he advertido. No puedo hacer más. *C'est fini* —y les acompañó hasta la puerta.

—*Oh, là, là!* —observó al volver—. *Histoire de femmes!* El buen marido ha dado en el clavo... *tout de même*, pero no ha tenido tacto. En absoluto.

Le hice partícipe de mis vagos recuerdos y asintió vigorosamente.

—Eso pensé yo. De todas formas hay algo raro en todo esto. Con su permiso, *mon ami*, iré a tomar el aire. Espere a que vuelva, se lo ruego. No tardaré.

Estaba semidormido en mi sillón, cuando la patrona llamó suavemente a la puerta y acto seguido asomó la cabeza:

—Otra señora que quiere ver a monsieur Poirot. Le he dicho que había salido, pero pregunta cuánto puede tardar en volver, y que ella viene del campo.

—Oh, hágala pasar aquí, mistress Murchison. Quizá yo pueda servirle en algo.

Al cabo de unos minutos era introducida en la habitación y el corazón me dio un vuelco al reconocerla. La fotografía de lady Yardly había aparecido demasiado a menudo en las revistas de sociedad para que me fuera desconocida.

—Siéntese, lady Yardly —le dije acercándole una butaca—. Mi amigo Poirot ha salido, pero sé con certeza que no tardará en regresar.

Tomó asiento, dándome las gracias. Era una mujer muy distinta de Mary Marvell. Alta, morena, de ojos centelleantes, y un rostro pálido y altivo. No obstante, había cierta tristeza en la línea de sus labios.

Sentí el deseo de aprovechar la ocasión. ¿Por qué no? En presencia de Poirot siempre encontraba dificultades... nunca lograba lucirme. Y pese a todo, no existe la menor duda de que yo también poseo dotes detectivescas muy acentuadas. Me incliné hacia delante siguiendo un impulso repentino.

—Lady Yardly —dije—. Sé por qué ha venido. Ha estado recibiendo cartas anónimas en las que se la amenaza con robarle el diamante.

No existía la menor duda de que el disparo había dado en el blanco. Me contempló con la boca abierta, y el color desapareció de sus mejillas.

—¿Lo sabe usted? ¿Cómo?

Sonreí.

—Siguiendo un proceso lógico. Si Mary Marvell ha recibido cartas advirtiéndola...

—¿Miss Marvell? ¿Ha estado aquí?

—Acaba de marcharse. Como iba diciendo, si ella, como poseedora de uno de los diamantes gemelos, ha recibido una serie de avisos misteriosos, a usted, como propietaria de la otra piedra, tiene que haberle ocurrido lo mismo. ¿Ve lo sencillo que es? ¿Entonces estoy en lo cierto respecto al particular? ¿Ha recibido también extraños mensajes?

Por un momento vacilé como si dudara en confiarse a mí; al fin inclinó la cabeza, como si asintiera, y sonrió.

—Eso es —me confirmó.

—¿Los suyos fueron llevados también en mano por un chino?

—No, llegaron por correo; pero dígame, entonces, ¿miss Marvell los ha recibido también?

Le puse al corriente de la visita de Mary Marvell y me escuchó con suma atención.

—Todo concuerda. Mis cartas son un duplicado de las suyas. Es cierto que llegaron por correo, pero van impregnadas de un extraño perfume... algo parecido al de las varitas que los orientales queman ante sus ídolos... que en seguida me hizo pensar en Oriente. ¿Qué significa todo esto?

Meneé la cabeza.

—Esto es lo que debemos averiguar. ¿Las lleva consigo? Tal vez podamos averiguar algo por el matasellos.

—Desgraciadamente las he destruido. Comprenda, de momento las consideraré una broma tonta. ¿Puede ser cierto que alguna banda china trate de recobrar los diamantes? Parece fantástico.

Repasamos una y otra vez los hechos sin que consiguiéramos esclarecer el misterio. Al fin lady Yardly se puso en pie.

—La verdad es que no creo necesario aguardar a monsieur Poirot. Usted puede contárselo todo, ¿no es cierto? Muchísimas gracias, muy reconocida, señor...

Vacilaba con la mano extendida.

—Capitán Hastings.

—¡Claro! ¡Qué tonta soy! Usted es amigo de los Cavendish, ¿no? Fue Mary Cavendish quien me ha recomendado a monsieur Poirot.

Cuando regresó mi amigo, disfruté contándole lo ocurrido durante su ausencia. Me interrogó bastante contrariado, para conocer los detalles de nuestra conversación, y pude convencerme de que le disgustaba el no haber estado presente. También imaginé que estaba ligeramente celoso. Se había convertido en una costumbre en él despreciar constantemente mis habilidades, y creo que le fastidiaba no encontrar el menor motivo de crítica. Interiormente yo estaba muy satisfecho de mí mismo, aunque traté de ocultarlo, por temor a irritarle. A pesar de sus rarezas, apreciaba mucho a mi singular amigo.

—¡Bien! —dijo al fin con una extraña expresión en su rostro—. El plan sigue adelante. ¿Quiere pasarme ese libro sobre los Pares que hay en ese estante de arriba? —fue volviendo hojas—. ¡Aquí está! “Yardly... décimo vizconde, sirvió en la guerra de Sudáfrica... *tout ça na pas d'importance*... Casó en mil novecientos siete con Maude Stopperton, cuarta hija del tercer barón Cotteril...”, hum... “tuvieron dos hijas, nacidas una en mil novecientos ocho, y otra en mil novecientos diez... Clubes... residencias... *Voilà*, esto no nos dice gran cosa. Pero mañana por la mañana veremos a este milord”.

—¿Qué?

—Sí. Le he teleografiado.

—Pensé que se había lavado las manos en este asunto.

—No actúo en representación de miss Marvell, puesto que rehúsa seguir mi consejo. Lo que haga ahora será para mi propia satisfacción... la satisfacción de Hércules Poirot. Decididamente tengo que meter baza en este asunto.

—Y tranquilamente telegrafía usted a lord Yardly para que venga a la ciudad sólo para su propia conveniencia. A él no le agradará.

—*Au contraire*, si logro conservarle el diamante de la familia deberá estarle agradecido.

—Entonces, ¿cree usted realmente que existe la posibilidad de que sea robado?

—Casi seguro —replicó Poirot—. Todo lo indica.

—Pero cómo...

Poirot detuvo mis preguntas con un ademán resignado.

—Ahora no, se lo ruego. No me confunda y observe que ha colocado mal el libro sobre los Pares. Fíjese que los libros más grandes van en el estante de arriba, luego los que le siguen en tamaño en el siguiente, etcétera, etcétera. Así se tiene orden, método, como le he dicho tantas veces.

—Exacto —me apresuré a contestar, poniendo el volumen en su lugar correspondiente.

Lord Yardly resultó ser un deportista alegre, de voz potente y rostro sonrosado, con una afabilidad y buen humor que le hacía sumamente atractivo y que compensaba cualquier falta de inteligencia.

—Éste es un asunto extraordinario, monsieur Poirot. No logramos sacar nada en claro. Parece ser que mi esposa ha estado recibiendo una serie de extrañas misivas, al igual que miss Marvell. ¿Qué significa esto?

Poirot le alargó el ejemplar de los *Comentarios Sociales*.

—En primer lugar, milord, quisiera preguntarle si esa información es exacta.

El par lo tomó en sus manos y su rostro se ensombreció a medida que iba leyendo.

—¡Cuánta tontería! —exclamó—. No hay ninguna historia romántica relativa al diamante. Creo que procede de la India, pero nunca oí hablar, ni una palabra, de ese dios chino.

—Sin embargo, a esa piedra se la conoce como “Estrella de Oriente”.

—Bien, ¿y qué?

Poirot sonrió sin replicar directamente.

—Lo que quisiera pedirle, milord, es que se pusiera usted en mis manos. Si lo hace sin reservas, tengo la esperanza de evitar la catástrofe.

—¿Entonces usted cree que hay algo de verdad en las absurdas leyendas?

—¿Hará usted lo que le pido?

—Claro que sí, pero...

—*Bien!* Entonces permítame que le haga unas preguntas. Este asunto de Yardly Chase, ¿está, como usted dice, ya arreglado entre usted y mister Rolf?

—Oh, ¿se lo contó él, verdad? No, no hay nada en concreto —vaciló y el rubor de su rostro se acentuó—. Prefiero arreglar primeramente este asunto. He hecho muchas tonterías en muchos sentidos, monsieur Poirot... y estoy deudas hasta las orejas... pero deseo rehabilitarme. Quiero mucho a mis hijos y quiero arreglar las cosas y poder vivir en mi antigua casa. Gregory Rolf me ofrece mucho dinero... lo bastante para volver a levantarme. No quisiera hacerlo... aborrezco la idea de que toda esa gente se meta en mi castillo... pero tendrá que ser así... a menos... —se interrumpió.

Poirot le miraba de hito en hito.

—Entonces, ¿tiene otra solución? ¿Me permite que trate de adivinarla? ¿Vender el “Estrella de Oriente”?

Lord Yardly asintió.

—Eso es. Ha pertenecido a mi familia durante varias generaciones, pero no siempre. No obstante, es muy difícil encontrar comprador. Hoffberg, el hombre de Hatton Garden, está buscando un posible comprador, pero si no lo encuentra pronto será mi ruina sin remedio alguno.

—Una pregunta más, *permettez...* ¿Con cuál de los dos planes está de acuerdo su esposa, lady Yardly?

—Oh, ella se opone a que vendamos la joya. Ya sabe usted cómo son las mujeres. Ella prefiere que llegue a un acuerdo con los artistas de cine.

—Comprendo —replicó Poirot, y tras permanecer unos instantes sumido en sus pensamientos se puso bruscamente en pie—. ¿Regresa usted en seguida a Yardly Chase? ¡Bien! No diga una palabra a nadie... *a nadie*, recuérdelo..., pero espérenos allí esta tarde. Llegaremos poco después de las cinco.

—De acuerdo, pero no comprendo...

—*Ça na pas d'importance* —replicó Poirot cortésmente—. ¿Querrá usted que le conserve su diamante, *n'est-ce pas?*

—Sí, pero...

—Entonces haga lo que le digo.

Y el noble, triste y asombrado, abandonó la estancia.

Eran ya las cinco y media cuando llegamos a Yardly Chase y seguimos al impecable mayordomo hasta el vestíbulo con antiguos paneles de madera y fuego de llamas oscilantes. Un hermoso cuadro apareció ante nuestros ojos: lady Yardly y sus dos hijos..., la cabeza morena de la madre inclinada con orgullo sobre las rubias de los pequeñuelos, y lord Yardly de pie junto a ellos... sonriéndoles.

—Monsieur Poirot y el capitán Hastings —anunció el mayordomo.

Lady Yardly alzó los ojos sobresaltada, y su esposo vino hacia nosotros indeciso, en tanto que con la mirada pedía instrucciones a Poirot. El hombrecillo estuvo a la altura de las circunstancias.

—¡Les presento mis excusas! Es que aún sigo investigando el asunto de miss Marvell. Ella llegará el viernes, ¿no es así? He querido venir antes para comprobar que todo está seguro. También deseaba preguntar a lady Yardly si se fijó en los mata-sellos de las cartas recibidas...

Lady Yardly meneó la cabeza con pesar.

—Me temo que no. Fue una tontería, pero la verdad es que ni siquiera se me ocurrió tomarlas en serio.

—¿Se quedarán ustedes aquí? —preguntó lord Yardly.

—¡Oh, milord, temo incomodarle! Hemos dejado las maletas en la posada.

—No importa —lord Yardly captó la indirecta—. Enviaremos a buscarlas. No... no, le aseguro que no es ninguna molestia.

Poirot se dejó convencer y sentándose junto a lady Yardly empezó a trabar amistad con los niños. Al poco rato jugaban todos juntos y me arrastraron a mí también.

—*Vous êtes bonne mère* —dijo Poirot con una galante inclinación cuando los niños se marcharon de mala gana con la niñera.

—Los adoro —dijo con voz emocionada.

—Y ellos a usted... ¡con razón! —Poirot volvió a inclinarse.

Sonó un batintín y nos levantamos para dirigirnos a nuestras habitaciones. En aquel momento entraba el mayordomo con un telegrama en una bandejita que entregó a lord Yardly. Éste lo abrió murmurando unas palabras de disculpa, y al leerlo se crispó visiblemente.

Lanzando una exclamación lo pasó a su esposa, mirando a mi amigo.

—Espere un momento, monsieur Poirot. Creo que debe saberlo. Es de Hoffberg. Cree haber encontrado un comprador para el diamante... Un estadounidense que sale mañana para su país. Esta noche va a enviarme un individuo para recoger la joya. Vaya, si esto se lleva a cabo... —le faltaron las palabras.

Lady Yardly se había alejado con el telegrama todavía en la mano.

—Ojalá no tuvieras que venderlo, George —dijo en voz baja—: Ha pertenecido a la familia durante tanto tiempo... —aguardó como si esperase una respuesta, pero al no recibirla su rostro se endureció y encogiéndose de hombros, dijo—: Tengo que ir a cambiarme. Supongo que será mejor preparar la “mercancía” —volvióse a Poirot con un ligero mohín—. ¡Es uno de los collares más horribles que se han visto! George siempre me prometía hacer que lo montaran de nuevo, pero nunca lo hizo.

Media hora más tarde los tres nos hallábamos reunidos en el gran salón, esperando a lady Yardly. Ya pasaban algunos minutos de la cena.



De pronto, entre un crujir de sedas, apareció lady Yardly bajo el marco de la puerta... una figura radiante vistiendo un traje de noche deslumbrador. Rodeando su garganta veíase una línea de fuego. Permaneció inmóvil, con una mano colocada sobre el collar.

—¿Dispuestos al sacrificio? —dijo en tono alegre. Al parecer, su malhumor había desaparecido—. Esperen a que encienda todas las luces y sus ojos podrán contemplar el collar más feo de Inglaterra.

Los conmutadores estaban junto a la puerta, y cuando extendió su mano hacia ellos ocurrió lo increíble. De pronto, sin previo aviso, se apagaron todas las luces, la puerta cerróse de golpe y desde el otro lado llegó hasta nosotros el grito penetrante como asustado de una mujer.

—¡Cielos! —exclamó lord Yardly—. ¡Es la voz de Maude! ¿Qué ha ocurrido?

A ciegas corrimos hacia la puerta, tropezamos unos con otros en la oscuridad. Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiéramos descubrirlo. ¡Qué espectáculo presenciaron nuestros ojos! Lady Yardly yacía sin sentido sobre el suelo de mármol, con una señal roja en su blanco cuello en el lugar donde le fue arrancado el valiosísimo collar.

Cuando nos inclinamos sobre ella para averiguar si estaba viva o muerta, abrió los ojos.

—El chino —susurró, dolorosamente—. El chino... por la puerta lateral.

Lord Yardly se puso en pie, lanzando una maldición. Yo le acompañé con el corazón palpitante. ¡Otra vez el chino! La puerta en cuestión era una pequeña situada en un ángulo de la pared, a menos de doce metros del escenario de la tragedia. Cuando llegamos a ella lancé un grito. Allí, cerca del umbral, estaba el collar resplandeciente, sin duda arrojado por el ladrón durante su huida. Yo me incliné para cogerlo, y entonces tuve que lanzar otro grito que fue coreado por lord Yardly, puesto que en el centro del collar había un gran hueco. ¡Faltaba la “Estrella de Oriente”!

—Esto demuestra que no se trata de un ladrón corriente —dije yo—. Lo único que deseaba era esa piedra.

—Pero, ¿cómo pudo entrar?

—Por esa puerta.

—Pero siempre está cerrada.

—Ahora no lo está —repuse—. Mire —y la abrí.

Al hacerlo, algo cayó al suelo. Lo recogí. Era un trocito de seda y un bordado inconfundible. Se trataba de un fragmento de quimono chino.

—Con las prisas se lo pilló en la puerta —expliqué—. Vamos, de prisa. No puede estar muy lejos.

Pero corrimos y buscamos en vano. En la densa oscuridad de la noche el ladrón había conseguido escapar fácilmente. Regresamos de mala gana y lord Yardly envió a uno de sus criados en busca de la policía.

Lady Yardly, debidamente atendida por Poirot, que para estos asuntos era tan eficiente como una mujer, se fue recobrando lo suficiente para poder relatar lo ocurrido.

—Iba a dar la otra luz —dijo—, cuando un hombre saltó sobre mí por la espalda. Me arrancó el collar con tal fuerza que caí al suelo. Al caer le vi desaparecer por la puerta lateral. Por la coleta y su quimono bordado comprendí que era un chino —se detuvo con un estremecimiento.

El mayordomo reapareció y dijo a lord Yardly en voz baja:

—Desea verle un caballero que viene de parte de mister Hoffberg. Dice que usted le espera.

—¡Cielo santo! —exclamó el noble aturdido—. Supongo que debo recibirle. No, aquí no, Mullins; en la biblioteca.

Yo llevé aparte a Poirot.

—Escuche, amigo mío, ¿no sería mejor que regresáramos a Londres?

—¿Usted cree, Hastings? ¿Por qué?

—Pues —carraspeé—, las cosas no han ido del todo bien, ¿no es cierto? Quiero decir que usted dijo a lord Yardly que se pusiera en sus manos y todo iría bien... ¡y el diamante desaparece ante sus propias narices!

—Cierto —repuso Poirot bastante abatido—. No ha sido uno de mis éxitos más asombrosos.

Su forma de describir los acontecimientos me hizo sonreír, pero me mantuve firme.

—De modo que habiendo complicado las cosas... y perdone la expresión, ¿no cree que sería más prudente marcharnos en seguida?

—¿Y la cena, la sin duda excelente cena que el *chef* de lord Yardly ha preparado?

—¡Oh, es por la cena! —dije impaciente.

Poirot alzó los brazos horrorizado.

—*Mon Dieu!* En este país tratan los asuntos gastronómicos con una indiferencia criminal.

—Existe otra razón por la que deseo regresar a Londres lo más pronto posible —continué.

—¿Cuál es, amigo mío?

—El otro diamante —dije bajando la voz—. El de miss Marvell.

—*Eh bien*, ¿qué?

—¿No lo comprende? —su desacostumbrada torpeza me contrariaba. ¿Qué le había ocurrido en sus células grises?—. Ya tienen uno, ahora irán en busca del otro.

—*Tiens!* —exclamó Poirot retrocediendo un paso y contemplándome con admiración—. ¡Su inteligencia es maravillosa, *mon ami!* ¡Imagínese que no se me había ocurrido pensar en ello! ¡Pero queda mucho tiempo! Hasta el viernes no hay luna llena.

Meneé la cabeza, poco convencido. La teoría del plenilunio me daba frío. No obstante, logré convencer a Poirot y partimos inmediatamente, dejando una nota explicatoria y de disculpa para lord Yardly.

Mi intención era ir en seguida al Magnificent para contar a Mary Marvell lo que había ocurrido, pero Poirot puso el veto a mi plan, insistiendo en que con ir a la mañana siguiente era suficiente. Yo me avine a ello de mala gana.

Por la mañana, Poirot pareció poco inclinado a cumplir lo prometido. Empecé a sospechar que, habiéndose equivoca-

do desde el principio, sentíase reacio a llevar la cosa adelante. Como respuesta a mis ruegos, me señaló con admirable sentido común que puesto que los detalles del robo de Yardly Chase habían aparecido en los periódicos de la mañana, los Rolf sabrían ya tanto como podríamos contarles nosotros, y yo tuve que ceder a pesar mío.

Los acontecimientos demostraron que mis temores eran justificados. A eso de las dos sonó el teléfono y Poirot atendió la llamada. Tras escuchar unos instantes dijo brevemente:

—*Bien, j'y serai* —y cortando la comunicación se volvió hacia mí.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido, *mon ami*? —parecía entre excitado y avergonzado—. El diamante de miss Marvell ha sido robado.

—¿Qué? —exclamé poniéndome en pie—. Y, ¿qué me dice ahora de la luna llena? —Poirot inclinó la cabeza—. ¿Cuándo ha sido?

—Creo que esta mañana.

Meneé la cabeza con pesar.

—Si me hubiera escuchado. ¿Ve usted cómo tenía razón?

—Eso parece, *mon ami* —repuso Poirot cautamente—. Dicen que las apariencias engañan, pero desde luego parece que así es.

Mientras nos dirigíamos al Magnificent en un taxi, yo iba pensando acerca de la verdadera naturaleza del plan.

—Esa idea de la luna llena ha sido muy inteligente. Su intención era que nos concentráramos el viernes, y de este modo cogernos desprevenidos. Es una pena que no haya usted pensado en ello.

—*Ma foi!* —exclamó vivamente Poirot, que había recobrado su equilibrio—. ¡Uno no puede pensar en todo!

Me dio lástima. Odiaba tanto el fracaso...

—Anímese —le dije para consolarle—. La próxima vez tendrá más suerte.

Una vez en el Magnificent fuimos introducidos inmediatamente en el despacho del gerente. Allí se encontraba Gregory

Rolf con dos hombres de Scotland Yard. Un empleado pálido hallábase sentado ante ellos.

Rolf nos dedicó una inclinación de cabeza al vernos entrar.

—Estamos llegando al fondo de la cuestión —dijo—. Pero es casi increíble. No comprendo el aplomo de ese individuo.

En pocos minutos nos pusimos al corriente. Rolf había salido del hotel a las once y cuarto, y a las once y media un caballero tan parecido a él como para poder suplantarle, entró en el hotel y pidió le fuera entregado el joyero que guardaba en la caja fuerte. Firmó el recibo con la siguiente observación: “Resulta un poco distinta a mi firma habitual porque me he hecho daño al bajar del taxi”. El encargado limitóse a sonreír diciendo que él apenas notaba diferencia alguna. Rolf, riendo, contestó: “Bueno, de todas formas esta vez van a encerrarme por falsificador. He estado recibiendo cartas amenazadoras de un chino, y lo peor de todo es que yo tengo cierto parecido con los orientales... por la forma que tienen mis ojos”.

—Yo le miré —explicó el empleado que nos lo refería—, y en seguida comprendí lo que quería decir. Sus ojos eran rasgados como los de los chinos. Nunca me había fijado hasta entonces.

—Maldita sea —gruñó Gregory Rolf inclinándose hacia delante—. ¿Lo nota ahora?

El hombre le miró sobresaltado.

—No, señor. Ahora no. Y la verdad es que aquellos ojos eran tan orientales como pueden serlo los suyos.

El hombre de Scotland Yard lanzó un gruñido.

—Muy osado e inteligente. Pensó que tal vez se fijaran en sus ojos y prefirió coger el toro por los cuernos para desvanecer recelos. Debíó esperar a que usted saliera del hotel y entrar tan pronto como usted estuvo lejos.

—¿Y qué ha sido del joyero? —pregunté.

—Fue encontrado en uno de los pasillos del hotel. Sólo faltaba una cosa... el “Estrella de Occidente”.

Nos miramos perplejos. Todo aquello era tan extraño e irreal...

Poirot se puso en pie.

—Me temo que yo no he servido de mucho —dijo pesaroso—. ¿Podría ver a madame?

—Me parece que está muy abatida por el disgusto —explicó Rolf.

—Entonces, ¿puedo hablar unas palabras con usted a solas, monsieur?

—Desde luego.

A los cinco minutos reapareció Poirot.

—Ahora, amigo mío —dijo alegremente—, corramos a una oficina de telégrafos. Tengo que enviar un telegrama.

—¿A quién?

—A lord Yardly —y para evitar discusiones me cogió del brazo—. Vamos, vamos, *mon ami*. Sé lo que opina de este desgraciado asunto. ¡No me he distinguido precisamente! Usted, en mi lugar, se habría lucido más. *Bien!* Todo hay que reconocerlo. Olvidémoslo y vayamos a comer.

Eran las cuatro de la tarde cuando entramos en la residencia de Hércules Poirot. Una figura se puso en pie junto a la ventana. Era lord Yardly, que parecía cansado y afligido.

—Recibí su telegrama y he venido en seguida. Escuche, he ido a ver a Hoffberg y no sabe nada de ese representante suyo de ayer noche, ni del telegrama. ¿Usted cree que...?

Poirot levantó los brazos.

—¡Le presento mis excusas! Yo envié ese telegrama y contraté al caballero en cuestión.

—¿Usted...? Pero, ¿por qué? —exclamó lord Yardly.

—Mi intención era precipitar los acontecimientos.

—¡Precipitarlos! ¡Oh, Dios mío!

—Y el ardid dio resultado —replicó Poirot alegremente—. Por lo tanto, milord, tengo gran placer en devolverle... ¡esto! —y con gesto teatral extrajo de su bolsillo un objeto brillante. Era el “Estrella de Oriente”.

—El “Estrella de Oriente” —susurró lord Yardly—. Pero no comprendo.

—¿No? —preguntó Poirot—. No importa. Créame, era necesario que el diamante fuese robado. Le prometí custodiarlo, y

he cumplido mi palabra. Tiene que permitirme que guarde mi pequeño secreto. Le ruego que transmita mis respetos a lady Yardly, y le diga lo mucho que celebro poder devolverle la joya. Qué *beau temps*, ¿no? Buenas tardes, milord.

Y sonriendo y charlando, el sorprendente hombrecillo acompañó al asombrado lord hasta la puerta. Al volver, se frotaba las manos satisfecho.

—Poirot —dije—. ¿Es que me he vuelto loco?

—No, *mon ami*, pero está como siempre bajo una “niebla mental”.

—¿Cómo consiguió el diamante?

—Me lo dio mister Rolf.

—¿Rolf?

—*Mais oui!* Las cartas amenazadoras, el chino, el artículo de *Comentarios Sociales...* todo era producto del ingenio de mister Rolf. Los dos diamantes que se suponían tan milagrosamente iguales... ¡Bah!, no existían. Sólo había un diamante, amigo mío. Originalmente perteneció a la colección de los Yardly, pero desde hace tres años lo tenía mister Rolf. Lo robó esta mañana con la ayuda de un poco de pintura en los ángulos de sus ojos. Ah, tengo que verle en alguna película, desde luego es un gran artista, *celui-là!*

—Pero, ¿por qué iba a robar su propio brillante? —pregunté irritado.

—Por muchas razones. Para empezar, lady Yardly se estaba volviendo ingobernable.

—¿Lady Yardly?

—Comprenda, se quedaba muy a menudo sola en California. Su esposo iba a divertirse a otra parte. Mister Rolf era atractivo, y todo en él respiraba un aire de romance. Pero *au fond* era muy negociante *ce monsieur*. Le hizo el amor y luego víctima de sus chantajes. Traté de sonsacar a milady la otra noche y lo confesó. Jura que sólo fue indiscreta y le creo. Pero sin duda alguna, Rolf tenía cartas suyas a las que podía darse una interpretación muy distinta. Aterrorizada por la amenaza de divorcio y la perspectiva de tener que separarse de sus hijos, se avino a todo lo

que él deseaba. Ella no tenía dinero propio y viose obligada a permitirle que sustituyera la piedra auténtica por una imitación. La coincidencia de la fecha de la aparición del “Estrella de Occidente” me sorprendió en seguida. Todo va bien. Lord Yardly se dispone a regenerarse... a sentar la cabeza. Y entonces surge la amenaza de la posible venta del diamante, y la sustitución sería descubierta. Sin duda alguna, lady Yardly escribiría frenética a Gregory Rolf, que acababa de llegar de Inglaterra. Él la tranquiliza prometiéndole arreglarlo todo... y prepara el doble robo. De este modo tranquilizará a la dama, que pudiera confesarlo todo a su esposo, cosa que no le interesa en absoluto al chantajista, cobrará las cincuenta mil libras del seguro (¡usted lo había olvidado!) y podrá conservar el diamante. En este punto me dispuse a intervenir. Se anuncia la llegada del experto en diamantes. Lady Yardly, tal como yo imaginaba, simula lo del robo... ¡que también lo hace muy bien! Pero Hércules Poirot no ve más que los hechos. ¿Qué ocurre en realidad? La dama apaga la luz, cierra la puerta y arroja el collar por el pasillo, gritando. Ya ha quitado el diamante previamente arriba con unos alicates.

—¡Pero si vimos el collar en su cuello! —objeté.

—Le ruego me perdone, amigo mío. Con la mano tapaba el lugar donde debía estar la piedra. El colocar de antemano un pedazo de seda bordada en la puerta es un juego de niños. Y Rolf, en cuanto leyó lo del robo, preparó su propia comedia. ¡Y vaya si la representó bien!

—¿Qué le dijo usted? —pregunté con curiosidad.

—Le dije que lady Yardly se lo había contado todo a su esposo y que yo tenía plenos poderes para recuperar la joya, y que si no me la entregaba inmediatamente obraría en consecuencia. Y también algunas otras mentirijillas que se me ocurrieron. ¡Fue como cera en mis manos!

—Me parece un poco injusto para Mary Marvell. Ha perdido su diamante sin tener culpa alguna —dije.

—¡Bah! —replicó Poirot en tono duro—. Para ella ha sido una magnífica propaganda. ¡Es lo único que le importa! La otra es muy distinta. *Bonne mere, très femme!*



—Sí —dije poco convencido, y sin compartir plenamente el punto de vista de Poirot acerca de la femineidad—. Supongo que fue Rolf quien le envió las cartas duplicadas.

—*Pas du tout* —replicó Poirot con presteza—. Vino a buscar mi ayuda por consejo de Mary Cavendish. Entonces, al oír que Mary Marvell, que ella sabía su amiga, había estado aquí, cambió de opinión, aceptando el pretexto que usted, amigo mío, le ofrecía. ¡Unas pocas preguntas fueron suficientes para demostrarme que fue *usted* quien mencionó las cartas y no ella! Y se aprovechó de la ventaja que le ofrecían sus palabras.

—¡No lo creo! —exclamé.

—Sí, sí, *mon ami!* Es una lástima que no estudie psicología. ¿Le dijo que había destruido las cartas? *Oh, là, là*, una mujer nunca destruye una carta si puede evitarlo. ¡Ni siquiera cuando es más prudente hacerlo!

—Todo eso está muy bien —dije enojado—, ¡pero me ha dejado en ridículo desde el principio al final! Es muy bonito explicarlo todo después... ¡Es el colmo!

—Pero usted se estaba divirtiendo tanto, amigo mío, que no tuve valor para desilusionarle.

—No tiene perdón. Esta vez ha ido demasiado lejos.

—*Mon Dieu!* Usted se enfada por nada, *mon ami*.

—¡Estoy hartos! —y me marché dando un portazo. Poirot se había estado riendo de mí, y decidí que merecía un escarmiento. Dejaría pasar algún tiempo antes de perdonarle. ¡Me había alentado para que me pusiera en ridículo!